Andrés Catalán

A VECES LA EXISTENCIA SE REDUCE A ESTAR DENTRO DE UNA HABITACIÓN O FUERA DE ELLA

Resulta que he comprado una ventana. Mi casa
es espaciosa, es blanca y gris
y huele a hormigón recién armado. Es
una casa donde siempre es domingo,
donde campo a mis anchas
en un cuarto de estar desprovisto de esquinas,
sin un solo rincón y la parcela
daría para flores, algún árbol, tiene sitio
para que jueguen niños y que el grito
histérico de la vecina –*¡Juan Luis,*
el césped!– se prenda de la copa
del seto, que se enrede allí y no llegue
aquí con más volumen que el murmullo
de la brisa en la hierba.

Pero insisto:
la única cosa que compré resulto ser
una ventana. Y miento.
Hay algo más.
La soledad. El lujo del silencio. El del espacio.

–¿Os hablé del salón? ¿Os dije
que la pared se extiende como el mapa
de un país muy tranquilo y muy sin nadie
lleno de gotelé blanco y de esperanza?–

La única enfermedad de nuestro siglo

–leí en algún lugar– pertenece a la carne,
por eso edificamos siempre con la piedra.
Y piedra es este dique que acorralan los días
donde el musgo no ovilla sabandija ni asiento
para futuras frondas, donde lo único
capaz de desplomarse es tal vez la ventana:
lo único que compré; el único contorno
que se desciñe un poco de la falta de pasmo,
con un cristal perfecto,
con un cristal blindado y las persianas
y su mecanismo infalible contra robos.

Afuera hay mástiles y nadie. Aquí
cada hora transcurre en un domingo, en un
domingo igual hecho de piedra,
de arrecifes de hormigón en donde nunca
llega a romper el mar de la mañana,
donde ni un vago sur ni un afilado norte
peinan –pues no hay– cortina: grímpola
que acaso fuera signo hacia el cerro de enfrente.
No hay luz, no hay agua aquí. Por no
haber no hay ni césped
–no damos servicio allí, señor,
dijo el hombre del vivero por teléfono–
y las calles se extienden de cemento
en un gris triste y sucio en la distancia.

Yo miro. Vigilo apostado en la ventana,
sin moverme. En mi ventana. Soy el único
que decidió mudarse al vecindario.
Ya sabéis, de esos –los conocéis, podéis
verlos al pasar,
coeurs légers!,
desde los coches–
de cientos de casas adosadas que se agrupan
en esa zona inexacta que forman las afueras.

Yo fui el primero.
                Llegó una mala época.
Y fui el último.

Y aunque no exista luz capaz de sostenernos,
yo miro, me prendo de este vidrio y de la única
y lejana farola –faro acaso– que alumbra en una calle
la nada tan moderna, tan discreta, tan
de estilo de principios del siglo veintiuno.

Así que me he comprado una ventana
y algo más. Un laberinto íntimo. Un laberinto
sin esquinas, rincones, muy lujoso,
un laberinto interior de mil posibilidades,
de todos esos síes que se dan al que habita
lo vacío: si tuviera luz podría
calentar un café, si tierra en el jardín
ararla y escarbarla, si vecinos enfrente
espiarles, llevarles un pastel, enamorarme
de la mujer de otro, robarle sus manzanas,
envidiarle lo bien cortado de su césped,
romperle los cristales o gritarles, podría
si pasara algún coche pensar quién irá dentro,
si pasara algún pájaro –¿gaviota?– hacia qué campo,
si saliera del grifo algún hilo de agua
inundar los pasillos, naufragar sin hundirme y,
aunque mojarse los pies no signifique
el fin del mundo, pensar
que son algas lo que ciñe la frente
de los solitarios.
                Pero ni pasan coches,
ni hay vecinos,
ni hay tierra en el jardín, ni hay luz,
ni hay agua,
ni calles –no hay asfalto–. Raspo
la corteza de un árbol imposible. Vivo

en el mundo sin nombres
de un laberinto propio parecido a un naufragio.

Solo queda esperar al aguacero,
tirarse en el terrazo y abrir de par
en par ventana y corazón.
Que acate cumplimiento
de lluvia el coral del abandono:
engalanen las algas mi frente y salgan luego
los pasillos a flote y la mañana.